

Valores venezolanos

R. Olivares Figueroa

— Traducidas, estas notas, del *Mercure France*, París, 19 de enero de 1937 —

Un poeta ha pensado en los niños. Rafael Olivares Figueroa acaba de publicar *Sueños de Arena*, especie de rondas y canciones que, en lugar de deprimir al niño, a la edad en que su cerebro no está enteramente desarrollado, buscan, contrariamente, hacer entrar en él la noción de poesía.

El pensamiento del autor nos aparece en su *Panorama de la Literatura Infantil* que nos ha sido dado hojear. Los niños tienen, pueden, deben tener una patria. En el estado actual de la literatura infantil, es necesario referirnos a Anatole France, Selma Lagerlof, Barrie, Tristán Klingsor, o a Gabriela Mistral, en verdad más pueril que infantil, Juan Ramón Jiménez, sutil, Alberti, revolucionario, Valle Inclán, paternal, que siguen o renuevan la tradición de Chamiso, Grimm y Andersen. Sin olvidar a de Foe. Y sin omitir a nuestro Perrault que propone a los niños una materia novelesca no solamente nutritiva de su imaginación en el momento de su lectura, sino capaz de dejar en ellos gérmenes de meditaciones para toda la vida, lo mismo que La Fontaine, el maestro de los maestros. Rafael Olivares Figueroa estima que la fuente común a todos los escritores para niños, es el folklore. Entendamos por ello, en sentido lato, no solamente el conjunto de leyendas, costumbres, supersticiones populares sino también la tradición nacional. Tocante a esto, hablemos con alegría de la tradición. Un hombre independiente y quizá inconformista, como Olivares Figueroa, reconoce como el primero, que en Góngora, Gil Vicente, Vélez de Guevara, Tirso de Molina, Lope de Vega, el valor de la enseñanza lírica para los niños viene directamente de su conocimiento del folklore. Por esta ciencia, en ellos, a mi parecer, congénita e inaprendida, la literatura ha logrado hacerse sensible para el pueblo. Admirable democracia, elevando al pueblo, en vez de quererle rebajar, bien propia del siglo de oro. Sin ignorar el tesoro de nuestras rondas, que tantos franceses desdennan, Olivares Figueroa ha querido evitar lo que es demasiado nacional para un público español. Se ve en su *Poesía Infantil Recitable*, en colaboración con Sánchez Trincado, y en su ensayo sobre *La invención poética en el niño*. Yo creo que se le puede conceder confianza para la *Metodología de la Recitación Poética*, que él anuncia. Pues este joven autor acaba de refundir *Los Pastores de Belén*, de Lope de Vega. Esto renueva el problema del derecho de corrección de los clásicos.

A decir verdad, existe en bastantes clásicos españoles una parte caduca. Clasicismo en España no implica la idea de la infiltración perfecta de tendencias literarias nacionales a menudo opuestas, en todo caso representativas cada una de un movimiento nacional. Al contrario, clasicismo tiene el sentido de la literatura más plena de temperamento, la más abundante, la más rica. No, la más ordenada. En la obra considerable de Lope, un poco de limpieza no hace daño. La tendencia a la furtura de costumbres, más que a la tipificación tan francesa, movía al escritor a la facilidad. Se encuentra en Lope, especialmente en



R. Olivares Figueroa

LA POLITICA Y LA MORAL

Dictemos la ley, señores senadores, y preparemos la obra lente de educación que nos llevará a la democracia orgánica, dentro de la cual ya no podría nuestro gran Estrada lanzar este terrible desafío a sus discípulos: "Vosotros os consideráis libres. Yo os desafío a que procedáis con libertad en un comicio donde se realiza el acto eminentemente sagrado de la soberanía popular. Cuando no os tiranice la violencia, os tiranizará el perjurio".

Para Estrada, señores, la libertad no es una idealidad destinada a imperar en las regiones de la poesía. Es una fuerza que se revela práctica y tangiblemente y no se consolida sino cuando se le consagra un amor sincero y casi religioso.

Contribuyamos a que desaparezca la política de salteamiento preconizada por Maquiavelo, erigiendo al Estado en protector del derecho y regulador de la libertad.

El Estado debe ser la justicia organizada. Y la justicia que es de orden del espíritu, tiene valor propio e independiente y debe ser cumplida.

En los Discursos sobre Titio Livio consagra Maquiavelo en su código político, la mala fe.

"Jenofonte, dice, enseña en la Vida de Ciro la necesidad de engañar para elevarse. La mala fe es necesaria siempre, a quienes aspiran a elevarse al más alto poder y es menos vituperable cuanto más disimulada sea".

Desgraciados los pueblos que sacrifican la moral a la política, política cautelosa o violenta, que emplea, según convenga, la fuerza o el fraude.

Montesquieu ha dicho que sin virtud los pueblos no pueden ser gobernados más que por el temor, y caen, en consecuencia, en el despotismo. El puesto natural de la virtud, dice, está al lado de la libertad.

Es cierto que el autor de Del espíritu de las

*los Pastores, lo confuso, lo trivial, lo hinchado, como en Goya hay trazos de un dibujo defectuoso. La obra fué dedicada por Lope a su hijo Carlos Félix, entonces de edad de siete años. Probablemente, poseemos con este texto el magno arranque del maestro. Ocurre así, a veces, en los españoles clásicos contemporáneos. Se encontraría raramente en sus manuscritos, la página a la Pascal, a lo Flaubert, recargada, de improvisaciones, de modificaciones y de cambios. El genio suplía a la perfectibilidad. Reducir en un tercio la obra de Lope no constituye, por fuerza, una mutilación, pero puede llevar al plan pueril de los hechos un poco alejados de ellos. Sobre todo cuando los pequeños españoles de hoy—al menos, después de julio de 1936,—han perdido el sentido racial de lo maravilloso. Lope no podrá sino ganar en la visión cándida y popular de los acontecimientos bíblicos. Se ve entre nosotros, en nuestra Provenza, por ejemplo, lo que nuestros "noelistas" han podido hacer de ingenuo, de perfectamente accesible para los niños, con la leyenda de la Navidad. Olivares Figueroa ha emprendido un trabajo muy loable, y nada impide guardar el valor lírico de Lope en un texto matizado, comentado, en perfecto acuerdo con la tradición católica, a condición, bien entendido, de no despojarlo de su lado maravilloso, propio del mismo catolicismo, y que conviene al espíritu de los pequeños. Yo creo que para los niños en general, y, sobre todo para los de España, sería un contrasentido tratar realísticamente la Biblia. Concedamos crédito al poeta y esperemos con interés sus cuadros lopescos para niños: La Anunciación, la Visitación, el Nacimiento, la Adoración y Dones al Infante-Diós, los Magos, la huída a Egipto. El alba del Nacimiento de Belén, la llegada de los Reyes, son, en Lope, de una belleza inefable. La irrupción de los lobos, sorprendente. En fin, veremos las "nanas" nuevamente, esos cantos "a lo divino", como se decía en tiempo de Lope, y que son pequeñas maravillas. Nuestro último verdadero poeta épico, Mistral, supo bien rejuvenecer y contemporaneizar—si se puede decir así—a los Reyes, en sus Memorias. Un poeta que ha escrito *Sueños de Arena*, puede honrar muy bien a Lope rejuveneciéndolo.*

Adolphe de Falgairolle

leyes no atribuye la virtud sino a las repúblicas y hace gravitar las monarquías sobre el honor. Pero el honor también es una virtud, y por eso, cuando Crillon se negó a aceptar la proposición que le hacía Enrique III, de asesinar al Duque de Guisa, el honor que le impulsaba a obrar así, valía tanto como la virtud republicana. Sin virtud no hay libertad.

Si la política no tiene un fundamento moral será siempre despreciada: agitación inútil, sin principio ni fin, contienda mezquina de ambiciones incontenidas y de intrigas inacabables, de lo que no puede salir sino la simulación, la mentira, el escepticismo; nunca una fe que ilumine e impulse a los pueblos.

(De Alfredo L. Palacios, en *La represión del fraude electoral*. Edit. Claridad. Buenos Aires. 1936).